SUPLEMENTO LITERARIO DE PAGINA/12
AÑO IV Nº 204
30 • 9 • 2001



POLÉMICA Cómo ser cultural e independiente
EL EXTRANJERO Edmund White
LUGARES Truman, para todos los gustos
RESEÑAS Cooper, Lemebel, poder represivo y homosexualidad



FOTO: MARIANO CLETO (DE LA SERIE *PLANTAS*)

Cosas de hombres

Reflexiones sobre la cuestión gay, el monumental estudio de Didier Eribon que Anagrama acaba de distribuir en Buenos Aires, está llamado a convertirse en un hito en la reflexión sobre la homosexualidad masculina, tanto por el rigor de sus análisis como por la audacia de sus reivindicaciones. En esta edición especial, *Radarlibros* consagra su atención al amor que no osa decir su nombre.

Estigmas

POR DIDIER ERIBON

La imagen y la caricatura duplican, refuerzan la injuria verbal. La homosexualidad ha dado lugar desde hace lustros a una proliferación de imágenes desvalorizantes, degradantes, sobre todo en la caricatura (pero asimismo en el cine y en la televisión, que a menudo no hacen más que facilitar con nuevos medios imágenes bastante próximas a la tradición caricaturista). Ahora bien, la caricatura se aproxima a la injuria, como sugieren Ernst Kris y Ernst Gombrich inspirándose en los análisis de Freud sobre las "agudezas".

EL CHISTE Y SU RELACIÓN CON EL INCONSCIENTE

Freud definía la "agudeza" como una especie de sublimación de las pulsiones hostiles, una "alusión" a un insulto no dicho que permanece en segundo plano. Kris y Gombrich interpretan la "caricatura" como el equivalente en el ámbito visual de semejante mecanismo. Es una auténtica agresión simbólica, ejerce una violencia y se enmarca, según Kris y Gombrich, en la filiación de las "imágenes difamatorias" de la Edad Media. La caricatura homófoba (como la antisemita) es una "difamación", hace "alusión" a la injuria, se inscribe en el horizonte de la injuria y apela a los esquemas mentales que permiten hacer reír a propósito de los homosexuales. Expresa la inferioridad asignada a la homosexualidad en la sociedad y perpetúa las estructuras mentales que sustentan dicha inferioridad. Hace "alusión" a la condena inmemorial de la homosexualidad y señala, en consecuencia, toda la violencia social, cultural, política y jurídica de que los *gays* son objeto. Pero no se ejerce únicamente contra individuos de cuya persona se hace burla (burla cuyo resorte es a menudo la representación de Fulano o Mengano con los rasgos de un personaje afeminado) sino que pretende decir la "verdad" objetiva de todo un grupo bajo una lente de aumento que ofrece al lector o al espectador la imagen humorística.

Es muy probable que la desestabilización, en el gesto de afirmación por parte de los *gays* y las lesbianas de sus identidades múltiples y heterogéneas, de la "identidad" homosexual impuesta e inferiorizada, sea de una naturaleza tal que contribuya a deshacer, para los propios heterosexuales, la adhesión sin desmayo a evidencias que sólo se configuran por medio de rechazos y líneas de demarcación y que, por consiguiente, la "cultura *gay*" pueda ser generadora de nuevos modos de vida y de nuevas relaciones entre individuos tanto para los homo como para los heterosexuales.

La caricatura presenta siempre un "retrato de grupo". Es el retrato de un colectivo, de una "especie" definida por un conjunto de rasgos inmediatamente reconocibles para todos. El dibujo de un hombre afeminado "representa" a los homosexuales masculinos, a todos los homosexuales, aunque se sepa que eso no corresponde a la realidad. Es bastante chocante ver, por ejemplo, en la proliferación de caricaturas e imágenes infamantes que surgieron cuando el caso Eulenburg en Alemania, a principios de siglo, cómo los humoristas recurrían invariablemente al recurso de dotar a los militares de un bolso o un pañuelo de encaje, provocando un efecto de contraste entre la virilidad que se espera del soldado y el afeminamiento que se supone en el homosexual.

Se advierte, por otra parte, una especie de invariancia histórica de este tema, como si la imagen homófoba fuese a extraer siempre representaciones e injurias del mismo fondo común y arcaico. Existe al menos cierta invariancia, y hasta una estabilidad asombrosa, del discurso homófobo, de la caricatura como imagen "difamatoria" y de la injuria como vehículo de la representación infamante de los que practican relaciones con personas del mismo sexo. Como señala Barry D. Adam, el individuo *gay* afronta un "retrato compuesto" de sí mismo, sugerido por un conjunto de imágenes, de representaciones, de discursos que le dan una visión degradante o en todo caso inferiorizante de sí mismo. No sólo las categorías inferiorizadas se exponen siempre en forma de rasgos ridículos o descalificadores sino que el discurso dominante y "legítimo" siempre asocia a las personas con características generales y proximidades desacreditadoras como el delito, la inmoralidad, la enfermedad mental, etcétera. El individuo "inferiorizado" ve cómo le es denegado así el estatuto de persona autónoma por la representación dominante, puesto que siempre se le percibe o se le designa como una muestra de una especie (y de una especie condenable, siempre más o menos monstruosa o ridícula).

SON TODOS IGUALES

Vemos aquí que la injuria es a la vez personal y colectiva. Se dirige a un individuo particular asociándolo a un grupo, una especie, una raza, al tiempo que trata de alcanzar a toda una clase de individuos tomando como objetivo una de las personas que la integran. La injuria opera por generalización y no por particularización. Globaliza más que singulariza. Se trata de atribuir a una categoría (designada en su conjunto o en la persona de un individuo) rasgos que se constituyen como infamantes y que se consideran aplicables a todos los individuos que componen esa categoría. Así la injuria puede alcanzar también al que no es un destinatario directo: él es el destinatario *también*.

Por ello el efecto de la injuria se perpetúa y se reproduce sin cesar, con las heridas que provoca, y las sumisiones y rebeldías consecuentes (en ocasiones las dos a la vez en un mismo individuo). Pero por eso igualmente los individuos que pertenecen a una categoría estigmatizada hacen todo lo posible por disociarse del "grupo" constituido por la injuria. Aunque pertenecientes a un "colectivo" de hecho, constituido como tal por el efecto de la injuria (es decir, como hemos visto, por todo el proceso de subjetivación y constitución de las identidades personales), los miembros de ese "colectivo" se esfuerzan en disociarse de él, para llegar a ver a los demás miembros de ese grupo con los ojos de quienes profieren la injuria y las burlas. El homosexual que quiere ocultar que es "marica", o de quien se sabe que lo es pero se empeña en dar muestras de su normalidad, se reirá con quienes gastan bromas dudosas o groseras sobre los "maricones", con la ilusión de que se le dispense de la afrenta si la pronuncia él mismo o si se ríe al respecto con quienes la profieren, o bien de que lo verán distinto de aquellos de quienes uno puede reírse (podemos imaginar todos los esfuerzos –de indumentaria, verbales, gestuales– necesarios para persuadir a los demás y a sí mismo de que se ajusta a la "normalidad"). Ahora bien, la injuria recae de todos modos sobre ellos, incluso cuando la profieren contra otros, porque es de ellos (también) de quienes se habla, y porque es la que, en su función social, los ha constituido como lo que son.

Dado que el principio de la injuria es globalizar, eliminar las singularidades personales, su poder constituyente desarma de antemano y de forma permanente las estrategias individuales para disociarse del grupo al que se dirige colectivamente y del que, *volens nolens*, el que quiere disociarse forma parte. Al reírse de los demás homosexuales, un homosexual se ríe de sí mismo. Y las personas con quienes se ríe de los "maricas", de las "madres", se reirán de él en cuanto vuelva la espalda (se atribuye a Truman Capote la siguiente frase: "La 'faraona' es el señor amable con quien todo el mundo hablaba en cuanto ha salido de la habitación"). Pero la vergüenza de uno mismo, la voluntad de disociarse, de mostrar que no eres uno de esos de los que se puede reír o de los que pueden ser objeto de insultos, son tan fuertes que durante largo tiempo han sido un obstáculo para la posibilidad misma de instaurar una "solidaridad" mínima entre los estigmatizados. "La vergüenza aísla", dice Sartre en *Saint Genet* hablando precisamente de la "insolidaridad" y "reciprocidad" entre quienes él llama, en el vocabulario de los años cincuenta, los "pederastas" (sinónimo entonces del homosexual masculino).

Así pues, como es siempre colectiva, como inscribe a un individuo dentro de un conjunto, la injuria tiene por efecto que los individuos así designados –o que quieren evitar que se les designe así– traten de disociarse a toda costa de esta "especie" en la que el orden social y sexual se propone incluirles. Puesto que colectiviza, el insulto empuja al individualismo.

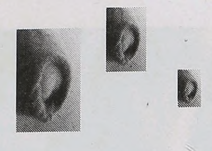
La fuerza de la injuria y de la estigmatización es tal que induce al individuo a hacer todo lo posible para que no le consideren un miembro de ese "conjunto" designado y constituido por la injuria. Y se comprende que, en consecuencia, sólo la aceptación de uno mismo como miembro del "colectivo" en cuestión y la solidaridad mínima como *gay* con los demás *gays* (y con las lesbianas) puede servir de punto de apoyo para una resistencia eficaz a la injuria y al proceso de estigmatización de los homosexuales en la sociedad. Esta lucha no corresponde únicamente a la movilización política ni a la creación cultural. Es una transformación personal y del mundo que se realiza mediante cada gesto consumado, cada palabra pronunciada para liberarse, en la medida de lo posible, del peso de la homofobia interiorizada. Es la suma de todos esos microdesplazamientos y de esas microacciones que reemplazan o, en todo caso, contribuyen a contrarrestar la suma que seguirá existiendo de microcobardías, de microabstenciones, de ínfimas renuncias y silencios sin nombre cuya totalidad conforma la realidad vivida de la dominación. Pero las voluntades individuales sólo pueden llevar a cabo semejante proceso si las sostiene la conciencia de que se trata de una empresa colectiva de recreación personal como un conjunto de individuos libres y autónomos. De ahí la importancia de la visibilidad colectiva. De ahí, también, a la inversa, la necesidad de que todos aquellos que procuran perpetuar el orden sexual tal cual es denuncien esta visibilidad.

Recuperar la autonomía personal y convertirse en un individuo de pleno derecho implica en principio reconstruir la imagen colectiva para ofrecer modelos diferentes, aunque sólo fuese orillando o impugnando los "retratos" producidos por los portavoces de la norma social y sexual, o privándolos de su tinte degradante (pues el afeminamiento sólo es ridículo en virtud de un decreto que muy bien se puede recusar, aun cuando ese rechazo de la norma se ejerza únicamente en los espacios limitados de una contracultura). Por eso la autonomía individual, la libertad individual, se construyen y conquistan por medio de batallas que sólo pueden ser colectivas y continuadamente se reanudan.

CAMPO DE BATALLA

El lenguaje cotidiano (al igual que el lenguaje de las imágenes) está atravesado por relaciones de fuerza, por relaciones sociales (de clase, de sexo, de edad, de raza, etc.), y es en y por el lenguaje (y la imagen) como se ejerce la dominación simbólica, es decir, la definición –y la imposición– de las percepciones del mundo y de las representaciones socialmente legítimas. El dominante, como dice Pierre Bourdieu, es el que consigue imponer la manera en que quiere ser percibido, y el dominado es definido, pensado y hablado por el lenguaje del otro, o el que no logra imponer la percepción que tiene de sí mismo, o ambas cosas. Sólo los períodos de crisis social, cultural, o por lo menos la irrupción de movilizaciones políticas o culturales, permiten cuestionar este orden simbólico de las representaciones y del lenguaje, cuya fuerza principal reside en presentarse como perteneciente a las evidencias del orden natural, inmutable, y sobre el cual uno no se interroga o se interroga falsamente para mejor reafirmarlo arbitrariamente, presentándolo como si siempre hubiese existido.

La movilización política, la acción política, son siempre batallas por la representación, el lenguaje y las palabras. Son batallas en torno a la percepción del mundo. Lo que se dirime ahí es saber quién define la percepción y la definición del mundo en general. La movilización, la acción política, muchas veces consiste, para un grupo, en la tentativa de hacer valer, de imponer la manera en que se percibe él mismo, y escapar de este modo a la violencia simbólica ejerci-



da por la representación dominante. Pero conviene precisar que no hay para los *gays*, y mucho menos para los "*gays* y lesbianas", una sola y única manera de "percibirse", lo que genera toda la complejidad del movimiento *gay* y lesbiano y explica el hecho, tan a menudo resaltado, de que las definiciones que pueden dar de sí mismos son sólo construcciones provisionales, frágiles y necesariamente contradictorias entre ellas.

¿PROGRAMA PARA UNA IDENTIDAD?

Para los *gays* y lesbianas es absolutamente necesario, vital, poder dar de sí mismos sus propias imágenes, a fin de escapar a las que durante tanto tiempo se han creado sobre ellos, y ofrecer de esta forma modelos positivos (o neutros, o en todo caso más conformes con la realidad) a los que y a las que sólo tienen delante imágenes tan claramente negativas. Se trata de producir uno mismo sus propias representaciones y, mediante ese gesto, producirse como sujeto del discurso rechazando ser únicamente el objeto del discurso del Otro. Pero puesto que la forma en que los *gays* y las lesbianas se perciben y desean hablar de sí mismos es eminentemente múltiple, toda definición producida por *gays* y lesbianas no puede sino desagradar a otros *gays* y a otras lesbianas. La autodefinición colectiva es lo que se dirime en las luchas entre los homosexuales mismos, y así la "identidad" no es ni una realidad ni un programa, ni un pasado ni un futuro ni un presente, sino un espacio de impugnaciones y de conflictos políticos y culturales. Lo que implica que no puede ser nunca totalmente estabilizada en un discurso único o unitario que pudiese aspirar a encerrarlo en una comprensión fija.

De modo que hay que insistir en este punto: es muy evidente que, para *gays* o lesbianas jóvenes que deben construir su identidad personal sin tener otros modelos que las imágenes caricaturescas, insultantes, y que no tienen más esquemas para pensar su sexualidad y su afectividad que las palabras injuriantes que les rodean –sin que siquiera se dirijan precisamente a ellos o a ellas–, el solo hecho de que se creen otras imágenes, de que haya en la sociedad otras imágenes disponibles, de que sea visible este conjunto de fenómenos que denominaremos la "cultura *gay*", es generador de libertad, porque esta identificación es la que hace posible la afirmación de su propia *singularidad* contra la *identidad* moldeada desde el exterior por el orden sexual que instituye a los homosexuales como un colectivo y a la vez los aísla unos de otros. Es divertido –o siniestro– comprobar que cada vez que se crean imágenes no desvalorizadoras de la homosexualidad, surgen guardianes del orden heteronormativo que las tachan de "proselitismo". Señalemos, de pasada, que esta idea de "proselitismo" es especialmente absurda, pues sobrentiende que se puede incitar a alguien a convertirse en homosexual mediante representaciones de la homosexualidad. Pero expresa muy bien la asimetría absoluta entre la heterosexualidad deseable y la homosexualidad lamentable: nunca se oye hablar a nadie de "proselitismo heterosexual", y sin embargo las imágenes de la heterosexualidad gozan de una difusión cuasi hegemónica. La omnipresencia de la imagen heterosexual demuestra, por el contrario, que unas representaciones no inducen a nadie a convertirse en esto o en aquello: un gay no se volverá heterosexual por mucho que esté expuesto a la imagen heterosexual durante toda su vida, o toda su infancia o su adolescencia.

LA FICCIÓN HETEROSEXUAL

A los que reprochan a los gays y a las lesbianas que se constituyan hoy en "grupo", en "minoría movilizada", y les piden con insistencia que recobren los valores del individuo libre e independiente, ciertamente se les puede responder que es el orden social y jurídico el que ya ha constituido a los "homosexuales" en un "colectivo", en este caso como una minoría condenada al ostracismo y privada de derechos. Pero hay que ir más lejos y añadir que la posibilidad misma de autonomía les ha sido denegada por la imposibilidad estructural de identificarse con imágenes positivas de sus propios sentimientos y su propia sexualidad, y por tanto de su propia personalidad, y en la imposibilidad de reconocerse en una relación de "reciprocidad" (en el sentido sartreano) con otros homosexuales. Dependen de una coacción exterior y su conciencia está literalmente imbuida de discursos e imágenes (en suma, de un orden social) que los rechazan.

¿Y no es justamente porque todo lo que es y todo lo que siente se adecua a lo que el orden sexual exige e impone a los individuos por lo que unheterosexual puede pensarse como libre y autónomo con respecto a sus propias características psicológicas y sexuales? El sentimiento que los heterosexuales pueden albergar de su libre albedrío y de su autonomía personal sólo existe como un efecto de superficie de esta especie de evidencia natural que produce la pertenencia a un grupo mayoritario. Su "individualidad" y su "libertad" son, pues, sostenidas por la existencia, hechas posibles (como una pura ilusión) por su conformidad con valores que no pueden ser universales porque deniegan el derecho de existencia en primera persona a un cierto número de individuos que se ven reducidos al estado de objetos discursivos, de signos negativos manipulados por la cultura dominante. Incluso cabría decir que la estabilidad de la identidad heterosexual sólo la garantizan la delimitación y la exclusión de la "homosexualidad", es decir, de una "identidad" homosexual definida por un determinado número de rasgos desvalorizadores que se atribuyen a toda una "categoría" de personas. La heterosexualidad se define en gran parte por lo que ella rechaza, de la misma manera que, más en general, una sociedad se define por lo que excluye, como decía el Foucault de *Historia de la locura*. Y es muy probable que la desestabilización, en el gesto de afirmación por parte de los *gays* y las lesbianas de sus identidades múltiples y heterogéneas, de la "identidad" homosexual impuesta e inferiorizada, sea de una naturaleza tal que contribuya a deshacer, para los propios heterosexuales, la adhesión sin desmayo a evidencias que sólo se configuran por medio de rechazos y líneas de demarcación y que, por consiguiente, como decía esta vez el Foucault de los años ochenta, la "cultura *gay*" pueda ser generadora de nuevos modos de vida y de nuevas relaciones entre individuos tanto para los homo como para los heterosexuales.

Así pues, una verdadera autonomía podrá ver la luz construyendo un "colectivo" consciente de sí mismo y del hecho de que la autonomía personal no es nunca un hecho dado sino algo que debe conquistarse. Y esta autonomía concreta hay que conquistarla en primer lugar contra los que hacen la apología de la autonomía abstracta para pedir a los *gays* y a las lesbianas que sigan aceptando la situación en la cual se les deniega o se les hace imposible toda autonomía. Los individuos podrán constituirse en "sujetos", y ante todo en sujetos de sí mismos, siendo conscientes de los determinismos que moldean las conciencias (y también los inconscientes). ♣

Cultura y literatura *gay* en *Radarlibros*

Sergio Di Nucci reseñó *El cazador de tatuajes* de Juvenal Acosta el 7 de febrero de 1999, *Páginas escogidas* de Oscar Wilde el 7 de marzo de 1999 y *El padre de Frankenstein* de Christopher Bram el 15 de agosto de 1999. Rodrigo Fresán reflexionó sobre literatura *gay* a propósito de *The Married Man* de Edmund White y *Martin Bauman* de David Leavitt el 16 de julio de 2000 y celebró la publicación de *Sarah*, la novela de JT Leroy el 9 de septiembre de 2001. Claudio Zeiger reseñó *Camp y posvanguardia* de José Amícola el 8 de octubre de 2000 y Santiago Llach se refirió a *El amor de los amigos* de Carlos Moreira el 18 de julio de 1999. Daniel Link reseñó *Una historia natural de la homosexualidad* de Francis Mark Mondimore, *Homos* de Leo Bersani y *Sólo para chicos* de Matthew Rettenmund el 9 de agosto de 1998, *Arkansas* de David Leavitt el 21 de febrero de 1999, *La experiencia homosexual* de Marina Castañeda el 11 de junio de 2000, *Junto al pianista* de David Leavitt el 16 de julio de 2000 y deploró la aparición de *Fruta prohibida* de Viviana Gorbatto el 18 de julio de 1999, lo que desató una polémica de la que participaron la propia Gorbatto el 25 de julio de 1999 y Alejandra Sardá y Alberto Manguel el 29 de agosto de 1999.

Hacerse *gay*

POR DANIEL LINK

Conocíamos a Didier Eribon por su monumental biografía de Michel Foucault. Pero su saber no se agota en el pormenorizado conocimiento de la vida y la obra del (probablemente) más grande de los filósofos franceses de la segunda mitad del siglo pasado (conocimiento ratificado con *Michel Foucault et ses contemporains*, 1984). Eribon ha publicado también un estudio sobre otro gran intelectual francés, Georges Dumézil, y tres libros de entrevistas (con el propio Dumézil, con Claude Lévy-Strauss y con Ernst Gombrich). Circula en las librerías especializadas el librito *Identidades*, que incluye una larga entrevista a propósito de su último libro, *Reflexiones sobre la cuestión gay*, llamado a convertirse en algo así como *El Capital* de la "cultura gay", tanto por la profundidad de los análisis que propone como por la radicalidad de sus reivindicaciones. El libro, puesto desde su título bajo el inesperado auspicio de Sartre (el Sartre de *Reflexiones sobre la cuestión judía* pero también el de *Saint Genet* y *El ser y la nada*), está organizado en tres partes. La primera de ellas define la homosexualidad como un efecto de discurso, la injuria, que estigmatiza a un grupo de personas a partir de sus comportamientos sexuales. Las huellas profundas de esas injurias (proferidas desde la comodísima y nunca revisada posición de la "heteronormatividad" –y convertida, por lo tanto, en el heterosexismo más brutal–) son la condición material de la identidad homosexual, de las luchas por la visibilidad y por la batalla simbólica dentro y fuera de la así llamada "cultura gay". Sólo esto habría hecho de *Reflexiones sobre la cuestión gay* un libro notable: cada uno de los capítulos desenvuelve la compleja trama de prejuicios sexuales que constituyen hoy nuestro horizonte de actuación. Y lo hacen a partir de una línea teórica original, que retoma algunos principios de los *gay & lesbian studies* y vuelve a colocarlos en el seno de la tradición filosófica francesa (hay que recordar que los *cultural studies* y los estudios de género americanos habían previamente importado de Francia la teoría de la transgresión que se podía leer en la línea Bataille-Foucault). Que Eribon se haya tomado el trabajo de leer los clásicos trabajos de Eve Kofoski Sedgwick, Judith Butler (ver contratapa), Leo Bersani o David Halperin habla a las claras de una necesidad teórica pero también política: es en los Estados Unidos donde los *gay & lesbian studies* se habían articulado de manera más aguda con las reivindicaciones políticas de las minorías sexuales. Puesto a enumerar los "principales soportes" de sus reflexiones, Eribon menciona las obras de Sartre, Bourdieu, Goffman y Foucault.

La segunda parte del libro, "Espectros de Wilde", analiza el modo en que el tristemente célebre proceso contra Oscar Wilde sirvió como desencadenante para una "arqueología" y una "antropología" de las prácticas homosexuales, sobre todo a partir de la obra de Gide y Proust, negadas por la tradición humanística precedente.

En la tercera parte, Eribon vuelve a la obra de Foucault. Eribon razona a partir de su conocimiento profundo y minucioso de los textos foucaultianos para definir dos períodos diferentes, marcados por la experiencia del propio Foucault pero también por la transformación del lugar asignado socialmente a la "cuestión homosexual" y se detiene, sobre todo, en la hipótesis foucaultiana de que la estigmatización de la homosexualidad es correlativa de la desaparición de la "amistad" como institución legítima entre varones. De allí el intento de Foucault, en los últimos años de su vida, por proponer nuevos modos de relación basados en el "cuidado de sí" –que Eribon asimila al dandysmo de Wilde– y la amistad. Dado que la "identidad *gay*" sería, por lógica cultural y por la dinámica histórica del deseo, refractaria a toda estabilización, la homosexualidad sólo podría pensarse (las palabras, una vez más, son de Foucault), "no como forma de deseo, sino como algo deseable. *Debemos encarnizarnos en llegar a ser homosexuales y no en descubrir que lo somos*". ♣

NOTICIAS DEL MUNDO

Organizado por la Biblioteca Pública Municipal y Popular "Domingo Faustino Sarmiento" y la Dirección Municipal de Cultura de General Villegas, con el auspicio de **Página/12**, la Secretaría de Cultura de la Presidencia de la Nación y la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Buenos Aires, se realizará en General Villegas el segundo encuentro sobre Manuel Puig, del cual participarán Manuel Vázquez Montalbán, César Aira, Alan Pauls, Luis Gusman, Guillermo Saccomanno, Elvio Gandolfo, Juan Forn, Héctor Babenco, Pepe Martín, Oscar Araiz, Renata Schussheim, Oscar Barney Finn, José Miguel Onaindia, Marcelo Schapces, Jorge Panesi, Alberto Giordano, Ernesto Schóo, Graciela Speranza, Daniel Link, Guillermina Rosenkrantz, Jorge Dorio, Quintín, Martín Malharro, José Amícola, Graciela Goldchluk y Julia Romero, además de sus familiares Carlos Puig, Mara Puig y Jorge Puig. Además de las conferencias y paneles de debate de rigor, se proyectará un ciclo de cine "puigeano" con las principales películas citadas en sus novelas y se presentará una serie de versiones teatrales basadas en sus libros.

El pasado 19 de setiembre la Cámara Argentina del Libro entregó el Premio "Julio Cortázar" a personas, medios e instituciones que han colaborado eficazmente con el fomento de la lectura y el libro. Este año, obtuvieron el galardón la revista *Lea*, Canal á, el programa radial *Libros que muerden*, la periodista Patricia Kolesnicov, la revista *Punto de vista* y la Fundación Mempo Giardinelli.

Entre el 3 y el 5 de octubre se desarrollará en la Casa de América de Madrid el II Congreso de Nuevos Narradores Iberoamericanos. Un centenar de escritores, editores y agentes literarios discutirán la actual coyuntura de la literatura regional. *Radarlibros* estará allí para contarlo todo.

Organizadas por el Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género de la Universidad de Buenos Aires y la New York University (sede Buenos Aires) se realizarán las Jornadas Límites, Derivas y Deslindes del Género en el Museo Histórico Roca (Vicente López 2220 de la ciudad de Buenos Aires) los días 11 y 12 de octubre próximos. Participarán Tununa Mercado, Clara Obligado, Diamela Eltit, Ana Amado, Adrián Canghi, Nora Domínguez y Raúl Antelo. Jorge Paensi y Dora Barranco comentarán la conferencia de cierre a cargo de la crítica chilena Nelly Richard.

La escritora francesa Françoise Sagan comparecerá el martes ante un tribunal de París, acusada de fraude fiscal, por no haber declarado cuatro millones de francos de renta (más de medio millón de dólares) que le pagó el grupo petrolero Elf para que intercediera en su favor ante el ex presidente François Mitterrand en relación con derechos de prospección que la empresa codiciaba.

Los olvidados

PIERRE SEEL: DEPORTADO HOMOSEXUAL
Pierre Seel y Jean Le Bitoux
(prólogo de Jordi Petit)
Bellaterra
Barcelona, 2001
142 págs. $ 12

POR SERGIO DI NUCCI

"Por un placer, mil dolores", escribió hace más de quinientos años François Villón, y un raro alsaciano sobreviviente del Holocausto, Pierre Seel, retoma estas palabras para intentar reparar un ultraje de la Historia: el sometido a quienes, por homosexuales, fueron encerrados, torturados y asesinados por el nazismo. Luego de décadas de silencio, y ante la perplejidad por la ausencia de voces, Pierre Seel decidió hablar, testificar, acusar, y contó con la colaboración de Jean Le Bitoux para redactar este volumen que lleva como título *Pierre Seel: Deportado homosexual*, publicado originariamente en Francia en 1994.

Un uso ya consagrado exige en los relatos del Holocausto la adopción, inmediatamente premiada, de una perspectiva aleccionadora y práctica: la memoria de la ocupación, persecución y humillación es el estímulo moral para enfrentar el mal. Pierre Seel elude esta casi bíblica compensación, porque en su caso no la hubo: el mal no estuvo condensado exclusivamente en la horda hitleriana sino también en Mulhouse, su pueblo natal, en su familia y amigos, que lo aceptarán de vuelta a cambio de reducirlo a una no-persona (*la barbarie empieza en casa*). "La verdadera liberación fue para los demás", constata Seel, que debió presenciar cómo la sociedad francesa (Europa y el mundo) continuaba dispuesta, tras la liberación, a encarcelar a todo homosexual que se comportara públicamente como tal.

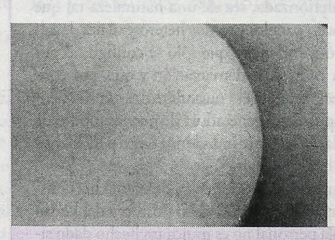
Si el Holocausto actúa hoy como la objeción más irreprochable en contra del antisemitismo, resulta impermeable a la homofobia. Es conocida sobradamente la saña del régimen nazi en contra de judíos, comunistas y gitanos; mucho menos la que ejerció en contra de personas homosexuales, identificadas en los campos con un triángulo o cinta rosa (judíos y homosexuales, sin embargo, comparten todavía hoy algunos estigmas: el viejo libelo en contra del judío –que bebe la sangre de los niños católicos– tiene su eco en la insistencia de la joven madre moderna que asegura no tener nada en contra de los *gays* pero que prefiere que estén lejos de su hijo.

Católico y de padres burgueses, Pierre Seel es enviado a los 19 años al campo de concentración de Schirmeck, a 30 kilómetros de Estrasburgo. Dos años antes, y sin saberlo, la policía alsaciana lo había incorporado como homosexual en sus archivos, a los que, por supuesto, accedieron los nazis en junio de 1940. Las redadas comenzaron, y las primeras víctimas fueron los homosexuales. En Alemania venían siéndolo desde 1933, con fundamentos estrictamente raciales: si los judíos contaminaban la raza, los homosexuales perjudicaban su reproducción. El funcionario nazi Heinrich Himmler podía exaltarse en 1937: "Los que practican la homosexualidad privan a Alemania de los hijos que le deben. Si este vicio continúa expandiéndose será el fin del mundo germánico". En 1943, Himmler llega a la conclusión de que los homosexuales debían ser castrados. Y a los encerrados se les prometió que una vez castrados volverían a su hogar, aunque fueron enviados al frente de combate.

No sólo el ciudadano común alemán acompañaba el ritmo del nazismo sino también las instituciones, entre ellas las psiquiátricas y psicoanalíticas. La sociedad psicoanalítica de Berlín, convertida en instituto Göring, creó comisiones para erradicar, "curar", la homosexualidad. Le acercaba además al Ministerio de Guerra perfiles psicológicos de los desviados. El mismo Pierre Seel sufrió experimentaciones médicas en su cuerpo y conoció casos de personas a quienes se quiso modificar su conducta sexual mediante lobotomía. En su relato, sin embargo, pasajes como éste no abundan: "Las SS empezaron a arrancar las uñas de algunos de nosotros. Rabiosos, rompieron las reglas sobre las que estábamos arrodillados y con eso nos violaron. Nuestros intestinos fueron perforados. La sangre salpicaba por todos lados. Oigo todavía nuestros gritos".

Las cosas tampoco fueron fáciles para Seel una vez acabado el infierno, porque para él, que había sido castigado por homosexual, no había caminos que permitiesen vivir una vida, precisamente, homosexual, "y hablar de ello equivalía a recibir una nueva condena". El modernísimo Código Napoleón de 1804 había sido barrido ya antes de la ocupación y, tras la liberación, De Gaulle limpió sólo superficialmente el Código Penal. Desaparecían en Francia las leyes antisemitas, pero no las que concernían a la homosexualidad. Ni siquiera los estridentes años sesenta interpelaban a Pierre Seel: "Es verdad que la vida de los homosexuales había cambiado mucho desde hacía algunos años. Una fiebre asociativa había creado mientras tanto los festivales de cine o las manifestaciones a cara descubierta. El kiosco de periódicos de la esquina tenía ahora una prensa de actualidad homosexual. Pero todo ese desbarajuste sólo concernía a la nueva generación del '68. Yo no había conocido más que la clandestinidad".

El número de homosexuales asesinados por el nazismo oscila entre trescientos cincuenta y ochocientos mil. Y Alemania esperó hasta 1988 para reconocer la deportación de un solo homosexual. No sería difícil probar (si el esfuerzo valiese la pena) la continuidad de los movimientos radicales del '68 con los de 1990, que hicieron de las políticas de la identidad programas revolucionarios y de la homosexualidad un acto *disruptivo*, una protesta, un gesto. ♣



LUGARES

POR MARÍA MORENO

Truman no tiene nada que ver con el presidente Truman, algo con *Truman's show*, mucho con un chiste (suena como *hombre de verdad*), pero muchísimo más con Truman Capote, ese que se decía un homosexual, un drogadicto, un genio pero ¡ay! no un santo. En homenaje a la gran loquesa, coleccionista de asesinos seriales y maledicencias ya canónicas aunque fueran ignoradas por el arte del insulto elogiado por Borges, se abrió una librería bistro-café concert temático. Queda en Serrano 1148 (Tel. 47 76 23 49), pertenece a Juan Marini y funciona desde las diez de la mañana hasta que la última pareja de veinte minutos deje de apretar en uno de los sofás del living. El tema del lugar es el erotismo pero con guiño especial a *gays* y lesbianas. Razón por la cual está lleno de héteros, ya sea porque les gusta *lo otro*, como decía el poeta Osvaldo Lamborghini, o porque se hacen los que *leen de todo*. La librería tiene todos los libros que figuran en este suplemento, casi todas las imperdibles obras de Eduardo Mendicutti, clásicos de la teoría *queer* y feminista, novelitas de chicas que aman a las chicas y de chicos que aman a los chicos de la editorial española *Egales*, libros de fotos a precios accesibles, obras de autores y autoras que *no hablan de eso* pero que *son* (escrache *light*). Por 12 pesos la chef Jodie ofrece, a partir de los jueves, una cena con entrada, plato principal y postre donde las estrellas son la terrina de atún, el pollo a las hierbas, el puchero (va los jueves y acompañado con cuentos eróticos) y la mousse de higos. El mozo se llama Gabriel y es falso: en realidad es un actor que con cada aparición ejecuta personajes diferentes, desde una mujer manca hasta Cándida pasando por una princesa rusa exiliada que se ha visto obligada a servir, debido a la maldición de la historia. El trago *A sangre fría* no es un *bloody Mary* sino una euforizante mezcla de vodka con frutilla. En octubre Truman empezará su programa de autobiografías orales bajo el título *La razón de mi vida*. Truman es lo contrario a salir del armario: es entrar a un lugar propio, una suerte de posta entre la disco y el éxtasis, adonde comer rico, comprar un divertimento a compartir –pronto habrá juguetitos lascivos– y hacerse ojitos. Truman tiene textos capciosos en los lugares más increíbles. Por ejemplo, en una factura que hay pinchada, sobre una pila, junto a la caja, se lee al pie: "para los transportistas: son tres bultos". ♣



FIESTAS, BAÑOS Y EXILIOS. LOS GAYS PORTEÑOS EN LA ULTIMA DICTADURA
Flavio Rapisardi y Alejandro Modarelli
Sudamericana
Buenos Aires, 2001
224 págs., $ 19

La brasa en la mano

POR CLAUDIO ZEIGER

Una mezcla de deseo y riesgo, de frivolidad y marginación, de ternura y terror, caracterizaron a una de las napas más secretas y menos exploradas de la vida cotidiana bajo la dictadura militar. A diferencia de otros relatos sobre la época, los avatares de los *gays* hacia fines de los setenta y principios de los ochenta en la Argentina producen aun hoy (cuando se los puede leer con la supuesta distancia de un mundo que definitivamente cambió) discursos sinuosos, contradictorios y en gran medida, insólitos. Las *locas* (como llaman los autores del libro, decididos a esgrimir políticamente un término peyorativo, a quienes dieron su testimonio) hablan acerca de sus prácticas con una honestidad brutal, una desmesura literaria y un coqueteo que no termina de extinguirse. Como diría el escritor chileno Pedro Lemebel sobre sí mismo (ver nota en página siguiente), hablan por su diferencia. Y esa diferencia, a la vez, va delimitando los distintos territorios que fueron transitados por los pasajeros del sexo *gay* bajo la dictadura.

Las tres partes en las que se divide el libro (las que aproximadamente se corresponden a las tres zonas mentadas en el título: las fiestas, los baños y los territorios del exilio) son las tres zonas básicas que –para los *gays* que pueden ser englobados bajo la categoría "minoría sexual"– operan como círculos concéntricos, que a veces se tocan y otras veces no, en esos típicos movimientos de lo que se dio en llamar una "cultura de cruces". De eso trata *Fiestas, baños y exilios*: de cómo operó esa cultura de cruces (sociales, culturales y estéticos) en unos años tan poco proclives a la mezcla social y cultural.

Las primeras preguntas que pueden surgir entonces de la lectura son las siguientes: ¿qué tenían en común un habitué de los baños públicos (para tener sexo, se entiende), un plástico de iniciales FK que organizaba exóticas fiestas de disfraces, una mariquita de barrio humilde exiliado en alguna casita del conurbano harto de las detenciones y los maltratos policiales, o un sofisticado militante del Frente de Liberación Homosexual, más allá del deseo orientado hacia su propio sexo? ¿Vale igual la experiencia de un homosexual de doble apellido protegido por la familia, que el de uno ignoto y pobre? ¿Alcanza esa orientación común para agruparlos en un colectivo? ¿La experiencia de algunos, digamos, un tanto superficial, no habría ofendido a la conciencia política de otros? La conciencia de una vanguardia esclarecida que quería mezclar revolución y homosexualidad, ¿no quedaba al desnudo como un disparate mayúsculo, frente a la extrema frivolidad de la "masa" *gay*?

Flavio Rapisardi (escritor y coordinador del área de Estudios *Queer* de la Universidad de Buenos Aires) y Alejandro Modarelli (escritor y periodista) llevaron este concepto de cultura de cruces al propio entramado del libro. De hecho, *Fiestas, baños y exilios* no sólo es el resultado del "cruce" de visiones de dos autores sino que además es el resultado de un cruce de géneros: los testimonios y el ensayo crítico; el peinado de las teorías que reflexionan sobre las minorías sexuales (el "genre", los *gay studies*, y finalmente la teoría *queer*, más proclive a romper el concepto de identidades y roles sexuales fijos) y la confrontación de tanta conceptualización con la experiencia de vida, de la calle, donde persisten con empecinamiento esos roles fijos y esos prototipos antiguos que se niegan a extinguirse (como el de la marica o el chongo, personajes de muchos de los relatos del libro). Deliberadamente juntaron a todos en una misma fiesta, los obligaron a mezclarse: a la loca travestida y al cuadro político, al poeta neobarroco y a la que imita divas de los años cuarenta.

Esos cruces son tanto la materia como la forma del libro, y esa íntima coherencia hace que estemos frente a un libro tan curioso como logrado. Además, intrínsecamente honesto: si bien los testimonios son muy duros (a veces por primitivos, a veces por desbordados), en ningún momento los autores vuelcan la balanza hacia el lado de la corrección política ni intentan ajustarlos a la teoría.

Los testimonios de las locas se acumulan no sin contundencia: cómo eran por dentro las "teteras" de las estaciones de trenes; cómo había un submundo de sexo entre varones en la comisaría de la Casa de Gobierno, literalmente debajo de Videla; cómo eran las fiestas en el Tigre a hurtadillas de la Prefectura o la realidad detrás del mítico viaje liberador a Brasil. La vida, asociada al sexo, palpitaba entre la muerte y la tortura. En este sentido, hay mucho de sobreviviente en estos *gays* que quedaron a medio camino entre la primavera del '73 y el golpe militar. Y mucho de picaresca también. Casi podría decirse que las dos primeras partes del libro son el despliegue de una picaresca homoerótica bajo un régimen fascista, un relato novelesco y desbocado, a la manera de ciertas páginas de Reinaldo Arenas.

La tercera parte del libro ("Militancia y exilios") viene a poner un poco de paños fríos en el desenfreno, a la vez que abre la investigación a otras zonas. Es el momento de diseccionar los destinos de la vanguardia militante, de los orígenes más remotos del Frente de Liberación Homosexual y los destinos de quienes lo integraron. Los discursos convocados cobran otro espesor y, desde luego, otra clase de dramatismo. Las relaciones fallidas con la izquierda a través de figuras sumamente atractivas como la de Néstor Perlongher, Adelaida Gigli o el militante comunista Héctor Anabitarte, aportan el segmento de reflexión sobre la experiencia.

El libro, sin embargo, es el todo: las historias de la masa y la historia de la vanguardia; antropología urbana de los avatares de la minoría sexual y reconstrucción de campo intelectual; así que por un lado, *Fiestas, baños y exilios* viene a sumarse a los aportes de *Historia secreta de los homosexuales en Buenos Aires* de Juan José Sebreli y *Médicos, maleantes y maricas* de Jorge Salessi, y por el otro intenta abrir un camino más personal, arriesgándose en los territorios donde verdaderamente sucedieron –y suceden– los hechos, entrando en la intimidad de los cuartos y de las conciencias, apostando al cruce entre la teoría y la práctica, y aceptando los resultados que arrojó la mezcla de la siempre esquiva y sorprendente realidad.♣

EL EXTRANJERO

THE FLANEUR: A STROLL THROUGH THE PARADOXES OF PARIS
Edmund White
Bloomsbury
Londres, 2001
212 págs. 9,99 L

Edmund White (Cincinatti, 1940) ha probado ser el escritor *gay* que mejor ha sabido equilibrar su condición de hombre "de género" con su más que justificada ambición literaria. Menos iniciático que Leavitt, menos decadente que Hollinghurst, menos transgresor que Cooper, menos chispeante que Gurganus y menos epifánico que Cunningham, a lo largo de los años se las ha arreglado para explorar lo mejor de todos los mundos y salirse con la suya consagrándose como "*el* Gay Writer" de la literatura en inglés. Así, sus ficciones simbolistas (*Forgetting Elena, Nocturnes for the King of Naples* y *Caracole*) impresionaron nada menos que a Nabokov; la trilogía histórica y casi autobiográfica sobre la condición homosexual, los disturbios de Stonewall y la furia del sida (*A Boy's Own Story, The Beautiful Room is Empty* y *The Farewell Simphony*) empieza siendo salingeriana para acabar redondeando el más logrado *bildungsroman gay*, abarcando los años que van desde los cincuenta hasta ahora mismo y a la que hace poco se sumó la magnífica y crepuscular *The Married Man*, una de las grandes novelas "de amor" de los últimos tiempos, donde el virus es el tercer lado de un triángulo amoroso. Por el camino y, mientras tanto, White escribió libros de viajes, ensayos (recopilados en *The Burning Library*, donde destacan entrevistas y semblanzas de Capote, Passolini, Isherwood, Burroughs, Williams y Maplethorpe), los cuentos de *Skinned Alive* y una enorme y laureada biografía de Jean Genet, así como una breve e igualmente atendible biografía de Marcel Proust. Una biografía de White firmada por Stephen Barber –*Edmund White: The Burning World*– acabó de afirmar la figura de este norteamericano que hace años que vive en París, metrópoli a la que le rinde homenaje en su nuevo libro.

The Flâneur inauguró a principios de año la colección The Writer and the City para la que la editorial inglesa Bloomsbury apareará "ocasionalmente" (acaba de aparecer *30 Days in Sidney* del australiano Peter Carey) a tal escritor con tal ciudad. A no confundirse: no se trata de guías de turismo exhaustivos sino *travelogues* íntimos (donde se puede encontrar la contraseña para llegar al mejor sashimi o la mejor librería), que no por eso rechazan la compañía del turista accidental dispuesto a compartir las pasiones y obsesiones de quien pone su nombre en la tapa. Así, *The Flâneur* equivale al privilegio de ser invitado a una caminata por la ciudad y las pasiones de Edmund White donde se celebra la condición "caminante" del Viejo Mundo, se condena el espíritu "motorizado" de los Estados Unidos, se invocan los venerables fantasmas con tracción a sangre de Balzac, Colette, Beckett, Baudelaire, Baker, Sartre, Breton, Baldwin (y siguen los paseantes) y –en el largo capítulo cinco– se ordena una reveladora historia *gay* de la Ciudad Luz y de sus más célebres *flâneurs* –para White todo *gay* es un *flâneur*– viviendo y muriendo en un París en el que, en el principio, ahora y siempre, es el Verbo. Y el Verbo es *Caminar.*

RODRIGO FRESÁN

BOCA DE URNA

Los libros más vendidos de la semana en Librería Truman.

1. Galería de retratos. 40 personajes homosexuales de la cultura contemporánea
Julia Cela
(Egales, $ 25)

2. Todo lo que siempre quiso saber sobre sexo pero no se atrevía a preguntar
David Reuben
(Plaza & Janés, $ 14)

3. Las once mil vergas
Guillaume Apollinaire
(Laertes, $ 9)

4. La ciudad y el pilar de sal
Gore Vidal
(Mondadori, $ 10)

5. El bajel de las vaginas voraginosas
Josep Bras
(Tusquets, $ 12)

6. Alcanzar el orgasmo
Julia Heinan
(Océano, $ 18)

7. La fuerza del deseo
Marianne Martin
(Egales, $ 20)

8. Identidades. Reflexiones sobre la cuestión gay
Didier Eribon
(Bellaterra, $ 12)

9. Técnicas de masturbación para el hombre
Mark Emme
(Martínez Roca, $ 18)

Por qué se venden estos libros

"Se conoce que el puto de hoy tiene avidez de conocimiento de temas diversos de la cultura occidental. Nunca un librito de budismo zen o algo sobre el Tao. Son muy sexópatas a la hora de leer. Las mujeres tenemos más sensibilidad, aunque no todas leemos a Coelho", opina Perla Rich.

PUNTO LÍMITE

El peor de la clase



Dennis Cooper es, probablemente, el más controvertido escritor *gay*. Su obsesión por la violencia, la muerte y el sexo (en la línea de Sade) le ganaron un lugar aparte de la corrección política tan cara a la comunidad homosexual norteamericana.

POR MARIANA ENRIQUEZ

Dennis Cooper tiene hoy 48 años, nació en California y desde los dieciséis años no sabe nada de su familia: su padre es dueño de una compañía que fabricaba misiles para la NASA y recibía visitas de Richard Nixon. En los '70, cuando conoció el movimiento *punk*, fundó la revista *Little Caesar* y más tarde la editorial Little Caesar Press, que editó sus trabajos y los de algunos contemporáneos como el *performer* masoquista Bob Flanagan. Desde hace varios años trabaja además como periodista en la revista *Spin* y acaba de editar sus artículos en la recopilación *Todo oídos*, que incluye obituarios a Kurt Cobain, River Phoenix, ensayos sobre el sida y entrevistas con Leonardo Di Caprio, Keanu Reeves y Courtney Love. Como un chiste perverso, en su novela *Guía*, Dennis casi asegura que tuvo sexo con Leo en un club, cuando el actor estaba rodando *Total Eclipse*, la fallida biografía de Arthur Rimbaud, el héroe de Cooper.

Dennis Cooper es, además, el único escritor *gay* que recibió amenazas de muerte de un sector de la comunidad homosexual. Queer Nation, una agrupación norteamericana, lo acusó de sufrir "homofobia internalizada", y de ser "un virulento anti-*gay*". El libro que mereció la amenaza fue *Cacheo* (*Frisk*, 1991), su segunda novela. William Burroughs, después de leerlo, anunció que "Dennis Cooper es escritor por naturaleza" y pidió "que Dios lo ayude". *Cacheo* es una larga carta de un personaje llamado Dennis que busca un compañero para realizar su fantasía: asesinar y mutilar a un adolescente durante el acto sexual. La ira de cierto sector de la comunidad *gay* no pudo evitar que autores "políticamente correctos" como Edmund White o Michael Cunningham expresaran su admiración por Cooper, pero siempre con cierta reserva. Se duda, en fin, de que su literatura sea "responsable" y se lo acusa de perpetuar prejuicios. Que en varias novelas el narrador se llame Dennis contribuye a borrar la línea entre lo confesional y la ficción, entre fantasías y actos. Pero a Cooper no parece preocuparle demasiado la opinión de la comunidad. "Supongo que soy como una espina en su costado" dice, y define su trabajo como parte de un movimiento de anti-asimilación. "El arte homo-normal es una prisión. De acuerdo a las leyes no escritas de la comunidad *gay*, si sos un artista estás obligado a ser vocero de la comunidad. Deja de ser arte y se convierte en propaganda. Personalmente, nunca me sentí cómodo en la comunidad homosexual. Aun antes de que la liberación decidiera que estábamos todos fuera del closet y podíamos tener vidas más convencionales, nunca me gustaron los rituales. No tengo ningún interés en la identidad colectiva. De todos modos, la comunidad *gay* ya no me percibe tanto como una amenaza. Tiene que ver con que los *gays* ya no leen. Cuando publiqué mi primera novela, había un *boom* de literatura *gay*: estaba de moda. David Leavitt fue promocionado como el ángel y yo como el demonio. Los *gays* compraban mis libros y se enfurecían porque creían que era un ataque al erotismo o a sus estilos de vida, cosa que nunca fueron. Pero ahora la comunidad mira películas o ve *Queer as Folk* por TV. Mis lectores de hoy son los *gays* renegados, y muchos adolescentes. Prefiero eso."

Dennis Cooper acaba de finalizar, con *Punto* (2000), una pentalogía que inició en 1989 con *Contacto*. El ciclo llevó hasta el límite su fascinación por la violencia, el sexo, la muerte, la cultura joven y la busca de un objeto de deseo. La pentalogía es una repetición obsesiva de las fantasías de Cooper, que siempre culminan en asesinato y espantosa mutilación de jóvenes de un tipo físico muy definido, en general ejemplificado con actores o estrellas de rock reales, como Alex James de Blur o Keanu Reeves. Esos jóvenes suelen estar, en el momento del desmembramiento, en un estupor narcótico, o cercanos a la muerte por cualquier otro motivo. Las obsesiones periféricas de Cooper incluyen violaciones, films *snuff* (películas *underground* de las que nunca pudo obtenerse prueba real de su existencia y que se basan en un asesinato real y erotizado), paidofilia, porno infantil, drogas y abuso en general. Todos sus protagonistas son jóvenes norteamericanos de diferentes subculturas, en general asociadas con el rock: *punks*, rockeros alternativos, artistas plásticos, *homeless* portadores de HIV, siempre drogados, distantes. Su minimalismo recuerda al Bret Easton Ellis de *Menos que cero* (Ellis reconoció recientemente que Cooper es una de sus influencias estilísticas), su minuciosa descripción de perversiones lo acerca a Sade y su retrato perfecto de la cultura joven norteamericana lo revela como cronista. Muchos lo comparan con Burroughs, pero Cooper no ve la relación salvo en que "somos homosexuales, obsesivos y escribimos sobre sexo".

A través de las mentes obsesivas de sus personajes, Cooper parece decir que la conexión sexual-emocional entre la gente es imposible, porque todo lo que el cuerpo puede ofrecer es información fragmentada. Aunque vuelve una y otra vez sobre los mismos temas, cada novela de la pentalogía es distinta en estructura y argumento. *Contacto* es una semana en la vida de George Miles, un adolescente de secundaria pasivo y permanentemente drogado que es objeto de numerosas formas de abuso, físico y emocional, y que acaba horriblemente mutilado. *Cacheo* es mucho más brutal, casi un monólogo obsesivo y aterrador, pero en *Tentativa* vuelve a un formato más convencional para narrar las desventuras de Ziggy, un chico de dieciocho años, hijo adoptivo de padres *gay* que lo someten a abusos sexuales desde que tiene ocho años. Es una novela que explora las emociones mucho más que los cuerpos. *Guía* vuelve a estar protagonizada por Dennis y es la novela más fragmentada y cercana a lo confesional: Dennis intenta escribir, durante un viaje de ácido, una novela sobre sus amigos. En realidad, lo que pretende es decidir si puede prescindir de sus fantasías violentas y de la tentación de realizarlas, mientras se debate entre Chris, un heroinómano que fantasea con ser asesinado, y Luke, un amigo más inocente que le propone algún tipo de salvación a través de un amor platónico.

En *Punto*, Cooper se parodia a sí mismo: todas sus obsesiones son llevadas al extremo en una novela confusa que incluye sitios web secretos, satanismo, bandas de rock gótico, pornografía y, por supuesto, crímenes. Hay una relación entre forma y contenido en la pentalogía. Si la obsesión es el desmembramiento de un cuerpo humano, el ciclo, explica Cooper, "está construido como una lenta tortura y desmembramiento del cuerpo de la primera novela, *Contacto*. Cada una de las otras es una nueva herida. La novela se desintegra y la estructura por debajo se hace más evidente. Cuando se llega a *Guía*, es casi un monólogo mental que trata de volver a componer un cuerpo fragmentado. *Punto* es un esqueleto, un fantasma. Ya no hay nada con que trabajar".

Punto es además, afirma Cooper, la última vez que usará sus fantasías como material para su literatura. Escribir acerca de su perversión, dice, lo ayudó a obtener claridad. "En las novelas intenté resolver mi interés por el sexo y la violencia. Los libros tienen posturas confusas ante temas terribles, y yo las tenía. Soy más razonable desde que pude poner todo sobre papel. Ya no estoy tan loco. Ni tan sexual: antes no podía siquiera estar con alguien porque tenía demasiado interés en investigar... qué había dentro de ese cuerpo. Fue una psicosis. Pero tuve que hacerlo."♣

La loca de la revolución

TENGO MIEDO TORERO
Pedro Lemebel
Seix Barral
Santiago de Chile, 2001
218 págs. $ 14



POR CRISTIAN ALARCÓN

Podría decirse en confianza, del escritor chileno Pedro Lemebel, que es una marica barroca y popular –en lo más clásico del término en desuso–, capaz de calzar tacos altos de vez en cuando y con esos mismos chuteadores golpear con ruda inclemencia la entrepierna de las derechas trasandinas, pero al mismo tiempo presionar lo suficiente la dimensión machista de la izquierda heredera de Neruda y Allende. Al menos como para que al hombre nuevo perimido se le complique justamente la vida utópica con algunos conflictos sobre la sexualidad, la identidad sexual y la lucha de clases totemizada por la izquierda negadora, esa misma que ahora sí lo mira con cariño.

Aquel manflorón que, parado en una tarima sobre la Alameda en años de lucha antipinochetista, allá por fines de la década del ochenta, era capaz de escupir en la oreja de los compañeros del PC aquello de "yo hablo por mi diferencia" se despacha –después de que la edición de sus crónicas en España le valiera becas mundiales, la admiración de la academia americana más crítica y la de coterráneos como Roberto Bolaño– con su primera novela, *Tengo miedo torero*, editada por Seix Barral en Santiago.

Habiendo inscripto con sus crónicas un estilo irruptivo, entre el barroco reflexivo de Perlongher y la respiración brutal de Reinaldo Arenas, con una dosis de "pobla santiaguina" nunca abandonada, como si allí su piel estuviera en juego, Lemebel sale al ruedo con un libro en el que juega su primer relato largo en su más larga carrera de cronista. Lo hace cuando "ella" ya ha dejado de ser una "Yegua del Apocalipsis", ese grupo de performances artístico-políticas en las que era capaz de tirar cal viva sobre su cuerpo rebelde para demostrar que nada era más doloroso que la existencia del régimen de Augusto Pinochet Ugarte y su continuidad democrática.

Tengo miedo torero es uno más de los versos que "la Loca del Frente" escucha entonados por los baluartes del bolero y la canción romántica de la talla de Sarita Montiel y Lucho Gatica. Musical y poética, fuera de los registros oficiales sobre la conveniencia del adjetivo que supuestamente mata, *Tengo miedo torero* es la historia de esa marica de población seducida, enamorada y utilizada por el muy joven Carlos, militante del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, organizador y partícipe del atentado a Pinochet que fracasó en 1986 entre las elevaciones precordilleranas del Cajón del Maipo.

Bordadora de manteles, ajuares, y sábanas de la clase alta santiaguina, la Loca es inocente hasta ahí, hasta el punto en que se deja cautivar por el amor sublimado que le ofrece el militante a sabiendas de que algo está entregando por el acceso a ese cuerpo lejano que se le ofrece de a ratos, entre medidas de seguridad que no comprende, y que asume bordándoles carpetitas. Como en *El beso de la mujer araña* de Manuel Puig, novela en la que una sola escena de sexo se concreta entre tanto cortejo verbal tras las rejas, en *Tengo miedo torero* la disposición del cuerpo del hombre deseado es también una utopía a la que apenas se accede en una noche de locura etílica, cuando la negación del sopor hace efecto sobre ese miembro que la Loca vuelve a acicatear pero no ya solo para su goce sino para cuestionar la dimensión revolucionaria en la que el goce y la diferencia se niegan bajo los imperativos de las viejas lecturas políticas. Son ellos dos, la Loca y el joven, los protagonistas de esta historia de amor, y otros dos, Pinochet y la Primera Dama, los que encarnan el coprotagónico, más agónico que nunca en una pintura grotesca de la dictadura hecha a partir de la imaginaria vida cotidiana del dictador, su reposo de foca y el parloteo chicharra de su mujer, que lo atormenta como nunca lo hicieron sus propios crímenes. Y hay en *Tengo miedo torero* hasta una marica de derechas que asesora en el vestir a La Primera Dama, ocupada en decidirse por un Nina Ricci o un conjunto mostaza de Chanel para los festejos del régimen. Porque vestirse equivale a producir subjetividades estéticas que toman posición política, una metáfora de la dominación y de la rebeldía.

Así, en una de las escenas más lemebelianas del libro, la Loca atraviesa en micro las grandes alamedas sitiadas por la violencia militar para entregar en el otro extremo de Santiago, allí donde viven los generales, un mantel bordado de ángeles y pájaros encargado para la fiesta del golpe del 11 de septiembre. Y cuando está allí se mete al comedor de la mansión y prueba su obra sobre la larga mesa que parece una ataúd. La Loca enamorada imagina entonces sentados y ya ebrios de alegría (por tanto marxista muerto) a los generales en su tinta. Ve ya no chorrear el vino sobre el mantel blanco, sino la sangre y los coágulos. "A sus ojos de loca hilandera, el albo lienzo era la sábana violácea de un crimen, la mortaja empapada de patria donde naufragaban sus pájaros y angelitos." Entonces, la Loca del Frente arría su bandera bordada, pierde la ganancia de su trabajo, y corre de regreso a su barrio, asqueada de las marchas marciales que atronarían en esa cena de la que no quiso ser cómplice. Se sumerge la Loca en el amor esquivo por el muchacho, en la complicidad ahora con una causa que no le quieren revelar, pero que presiente y asume riesgosa, como esa canción cantada por la Montiel: "Tengo miedo torero/ tengo miedo que en la tarde tu risa flote". ♣

EN EL QUIOSCO

Hojas del Rojas, 4 (Buenos Aires: julio de 2001), $ 2

La postergada cuarta edición de *Hojas del Rojas*, la revista dirigida por Daniel Molina y diseñada por Jorge Gumier Maier, está finalmente en los quioscos. El grueso de esta entrega está dedicado, según se lee en la tapa a Internet como espacio a partir del cual los adolescentes *gay* encuentran una comunidad, más o menos imaginaria, de pertenencia y contención. El artículo central está firmado por Jennifer Egan y apareció originariamente como nota de tapa de la revista dominical del diario *The New York Times*. La investigación de Egan fue realizada a lo largo de varios meses, primero a través de la red y luego en entrevistas personales en las cuales la periodista recabó información de los adolescentes norteamericanos de provincias que encontraron en Internet (en las páginas de chat, pero también en los avisos personales) la forma de negociar su identidad fuera de los marcos de culpabilidad que la sociedad heteronormativa suele imponer a quienes intentan sostener su "deseo homosexual". En contextos fuertemente homofóbicos, Internet no es sólo un instrumento de comunicación sino, sobre todo, el medio a partir del cual los jóvenes comienzan a negociar una identidad comunitaria más o menos libre de los tormentos de las generaciones precedentes.

Tal vez excesivamente optimista en cuanto a los efectos psicoafectivos de Internet, el texto de Egan es un buen comienzo para comenzar a reflexionar sobre los modos de aparición actuales de lo gay. Como comentario "local" al texto de *The New York Times*, hay una reflexión sobre las "clases de hombres" que pueden localizarse en la red y la intensidad que adquiere en esos intercambios electrónicos la experiencia afectiva. Las fotos que ilustran la producción fueron tomadas de la revista norteamericana *XY*, destinada a adolescentes *gay*, una de cuyas ediciones especiales es un simpático *Manual de supervivencia gay*, muy adecuado para tener en cuenta en los tiempos que corren.

En otras páginas, Daniel Molina reflexiona sobre tres muestras de arte brasileño, Gabriela Esquivada entrevista al fotógrafo Marcos López y Delfina Muschietti selecciona y presenta algunos textos leídos en el contexto del ciclo "La voz del erizo" que dirige en el Centro Cultural Ricardo Rojas de la Universidad de Buenos Aires. En esta ocasión, les tocó el turno a Martín Prieto y Miriam Tai.

LUCRECIA MONTALBÁN

La polémica sobre los subsidios otorgados por la Secretaría de Cultura y Medios de Comunicación alcanza nuevas cotas con las notas que a continuación se reproducen.

POLÉMICA SOBRE POLÍTICAS CULTURALES

Respuesta a Roberto Jacoby

POR DARIO EDUARDO LOPERFIDO

El Plan de Promoción a la Edición de Literatura Argentina y Revistas Culturales fue pensado, a partir de un diagnóstico que ha tomado múltiples variables de análisis: a) hay géneros literarios postergados en nuestro país; b) entre éstos se encuentran la poesía, el cuento y el ensayo; c) hay producción literaria en estas áreas, tanto de autores inéditos como escritores olvidados de la literatura argentina; d) el mercado editorial, definitivamente partido en dos, genera la siguiente realidad; o bien los grandes grupos editoriales no editan estos géneros por resultar poco redituables, o bien las editoriales independientes especializadas no pueden editar muchos libros por su situación económica; e) la mayoría de las revistas culturales no pueden autofinanciarse; f) el Estado, hasta nuestra gestión, a través de su Secretaría de Cultura ha tenido siempre una política de subsidio a ediciones o revistas culturales, claramente dominada por la parcialidad, la poca transparencia, los amigos de los funcionarios y los favores políticos (basta analizar los subsidios entregados en la última gestión menemista).

Nuestra decisión surgió obviamente del sentido común: impulsamos la edición de estos géneros y de las revistas, pero no a través de un régimen de subsidios poco claro y sin control, sino generando al mismo tiempo un sistema de promoción de la lectura de literatura argentina. El circuito resultó el siguiente: parte del presupuesto destinado a la compra de libros para abastecer a nuestras bibliotecas populares fue puesto a disposición de un concurso para seleccionar una cantidad de proyectos editoriales cuya presencia, por diferentes criterios valorativos, creímos necesaria en las bibliotecas. Que Ezequiel Martínez Estrada, Horacio Viel Témperley, Arturo Carrera, *El Rodaballo*, *Punto de Vista*, *Diario de Poesía* y en total 33 revistas y 202 libros tengan este destino nos parece un genuino indicio de la existencia de una política literaria concreta. Es que en este punto creemos estar promoviendo dos frentes: por un lado, ayudar a una cantidad de editoriales de baja envergadura económica a editar libros de autores y géneros que la vienen peleando sin ningún tipo de apoyo, pero al mismo tiempo difundir su obra en la bibliotecas populares de nuestras provincias, que rara vez llegan a conocer la realidad literaria del país en su conjunto (otro indicio de una política literaria concreta). Y quiero remarcar esto porque este concurso no fue un premio; fue una selección que tomó en cuenta qué tipo de literatura el Estado debía promover y difundir en el país, y no se eligieron *best sellers* o autores consagrados, o a las grandes editoriales del mundo globalizado. Se eligieron 202 autores inéditos u olvidados, cuyas obras son o bien de poesía, o bien cuentos, o bien ensayos, géneros de escasísima edición en la Argentina.

Por otro lado, vale remarcar que la decisión tomada por mi gestión fue anular todo subsidio unilateral en el ámbito de la literatura y derivar todo pedido a este concurso. La elección de un jurado que actuó con total independencia y transparencia fue clave. No todos fueron seleccionados, pero también es cierto que los montos asignados ($ 8000 o $ 4000 para revistas y $ 12.000 o $ 6000 para proyectos editoriales) permitió que 33 revistas y 30 editoriales puedan recibir el apoyo, y no que cuatro o cinco (como en otras épocas) sin jurado ni criterio recibieran montos enormes.

Lamento profundamente que Roberto Jacoby, quien desde que asumí -creyendo en una suerte de línea de continuidad con la gestión menemista– me llamó y me envió notas para que ayude a que, de manera discrecional, su revista sea subsidiada, haya confundido esta política literaria con un premio. Siempre estuvo claro el objetivo de este concurso y en las bases que Jacoby leyó y aceptó para poder presentarse todo estaba suficientemente claro. Como también estaban aclarados los requisitos formales para poder presentarse. Sabemos que hacer trámites es muy incómodo y angustiante para cualquiera, incluso para Charly García o su representante, que tiene que hacer los mismos trámites que todos, pero noes posible que Jacoby se queje por tener que presentar fotocopia del DNI o el número de ISSN de la revista, que tiene más que ver con asegurarse contra el plagio que con un control estatal, como él supone. Pensar que los problemas impositivos que *ramona* tiene se relacionan con sus críticas al concurso es realmente para que Jacoby lo converse con su analista.

La política literaria de la Secretaría de Cultura y Medios de Comunicación está manifestada de hecho en sus planes de acción existentes: un plan de promoción de obras inéditas, el apoyo a las bibliotecas populares, el subsidio de un stand en la Feria del Libro para editoriales independientes, la Casa Nacional de la Poesía, el Festival Internacional de Poesía, la elaboración de los proyectos de ley de promoción a las revistas culturales y la ley del Escritor se suman a este plan con el evidente objetivo de defender a aquellos que el mercado excluye. Mucho más fácil ha resultado para otras gestiones codearse con los grandes grupos y salir en las fotos con los escritores de *best sellers*. No es nuestro caso.

Pero fundamentalmente nos parece que hay parcialidad periodística en estas críticas. Se ha tomado una sola voz, la de Jacoby, y se ha generalizado su crítica como la de todo el mundo literario. Al día de hoy y en los plazos normales de la administración pública, los apoyos están saliendo y la nueva convocatoria para el año 2002 ya tiene fecha de apertura: el 1º de noviembre de este año. Trataremos de que cada nueva convocatoria sea cada vez más fluida y más eficiente, pero desprestigiar este concurso y nuestra política literaria llamándolos un chasco o una estrategia impositiva no es una actitud constructiva: ¿qué debe hacer el Estado en esta materia? ¿Ser complaciente con las injusticias del mercado editorial y el abandono de la literatura argentina? Las poses histéricas que destruyen toda propuesta culturalmente comprometida terminan lamentablemente legitimando el *status quo*. Ése es el verdadero chasco. ♣

El lugar de la cultura

Las revistas culturales abajo firmantes, beneficiarias del Plan de Promoción a la Edición de Revistas Culturales impulsado por la Secretaría de Cultura de la Nación, deseamos intervenir en la polémica que se ha abierto sobre ese Plan en las páginas de *Radarlibros*.

Nuestras revistas también tienen dificultades para cumplir con los excesivos requisitos administrativos necesarios para convertirnos en "proveedores del Estado", de acuerdo al modo en que se ha previsto que el Plan se haga efectivo. Pero nos parece necesario centrar el debate, más que en esas dificultades, en dos cuestiones importantes que corren el riesgo de quedar subsumidas en ellas: una evaluación del Plan en sí y una definición de este objeto tan poco preciso que parecen las revistas culturales.

Respecto del primer punto, creemos que el Plan, tal cual ha sido diseñado (la compra por el Estado de una cantidad estipulada de ejemplares de revistas a mitad de precio para su distribución en las Bibliotecas Populares), es un paso muy importante en la consolidación de este sector de la cultura independiente en la Argentina: una medida que tiende a una democratización del acceso de los productores culturales a los recursos del Estado y, a la vez, a una democratización del acceso social a lo que ellos producen. No estamos de acuerdo con que sería mejor un premio o unsubsidio: la figura del Estado que apoya a las revistas garantizando una compra mínima para las bibliotecas públicas es la que más se acerca al modo en que funciona la producción cultural independiente en los países más avanzados. Los premios y los subsidios, especialmente en nuestro país, suelen ser caprichosos y erráticos y no contribuyen necesariamente con la consolidación de la producción cultural independiente ni con su difusión.

En cambio, si este Plan hiciera efectivas las compras ya decididas, si lograra continuidad en el tiempo y pudiera en próximas ediciones ir incrementando los recursos hasta cubrir todo el espectro de la produccióncultural independiente, podría convertirse en un medio de apoyo muy eficaz.

No podría utilizarse para redimir globalmente una política cultural ni, menos aún, un gobierno, pero tampoco puede despreciarse como acción sectorial en función de juicios generales sobre la política cultural o sobre el gobierno que la impulsa.

El segundo punto sobre el que es necesario discutir es qué cosa son las revistas culturales independientes. Buena parte de los problemas que estamos atravesando se vincula con las dificultades (del poder público, de los circuitos de comercialización, pero también de sus realizadores) para definirlas en su especificidad. La discusión sobre si las revistas debenser obligadas a convertirse en "proveedores del Estado" lo señala. Corremos el riesgo de quedar atrapados entre una definición *amateur* y romántica de las revistas culturales, y otra definición administrativa que las convierte en meras empresas comerciales.

Respecto de la primera definición, el hecho de que las revistas esténrealizadas por grupos de amigos laboriosos y desinteresados no las convierte en emprendimientos marginales incapaces de cumplir con una batería mínima de requisitos. A nuestro juicio, ellos deberían ser el registro en el ISSN (registro bibliográfico internacional) y la posibilidad de que algún miembro de la reviste emita facturas. Cualquier revista que desee circular en los quioscos y las librerías ha tenido que adecuarse a estos requisitos en los últimos años, y no parece exagerado que el Estado se los reclame a aquellas en las que va a invertir el dinero de todos. Las Bases del Concurso para este Plan contemplaron en parte tales características, permitiendo que las revistas concursaran como "personas físicas" y no sólo como "personas jurídicas" (figura que amuchas revistas nos resultaría imposible alcanzar). Desde este punto de vista, por todo lo dicho, no nos parece mal convertirnos en "proveedores del Estado".

Pero aquí nos acercamos al riesgo de la definición administrativa, porque el Plan no fue lo suficientemente cuidadoso en precisar qué clase de proveedores del Estado podemos ser las revistas culturales, obligándonos luego del concurso a una serie de trámites que exceden esa batería de requisitos razonables. Es sabido que los requisitos para venderle al Estado son tales que en muchos rubros se forman empresas *ad hoc*, meras intermediarias dedicadas, simplemente, a cumplir los requisitos. Imaginar algo así en nuestro rubro muestra a las claras el absurdo de la situación.

Si las revistas culturales independientes reales existen, y el Plan busca incentivarlas comprando parte de su producción, es fundamental que los requisitos se ajusten a su perfil. Para ello, quizá pudiera abrirse una lista de proveedores especiales del Estado: especiales, porque las compras se deciden en concurso entre revistas de existencia probada, y no a través de una licitación abierta, y porque se trata de empresas culturales que distorsionarían su razón de ser si tuvieran que adecuarse al perfil de las empresas comerciales.

Como se ve, no se trata tanto de ver si el Estado debe o no comprarnos, sino de definir qué clase de objeto (también comercial) tratamos de venderle. Y, en este sentido, es fundamental trabajar en la definición de políticas específicas para las revistas culturales independientes. Vale la pena insistir en esto en momentos en que la DGI sigue sin definir que las revistas culturales no paguen IVA. Se trata de algo fundamental para nuestra subsistencia: ninguna revista cultural independiente estaría en condiciones de convertirse en agente de retención de IVA. Así lo comprendió la Ley del Libro, que incluye las revistas culturales en la eximición; así lo comprendió también la Secretaría de Cultura, que elevó la misma recomendación. Pero como no hay una definición específica de las revistas culturales independientes, los órganos de aplicación de la Ley no tienen ninguna claridad respecto de qué diferencia a una revista cultural que está en el mercado de otra revista comercial que cubre aspectos culturales.

Ojalá el debate iniciado por la implementación de este Plan sirva para acercarnos a una definición compartida que vaya despejando malos entendidos y contribuya con la consolidación de la producción cultural independiente. ♣

Revistas *El Amante Cine*, *Diario de Poesía*, *Punto de Vista*, miembros de ARCA (Asociación de Revistas Culturales de la Argentina).